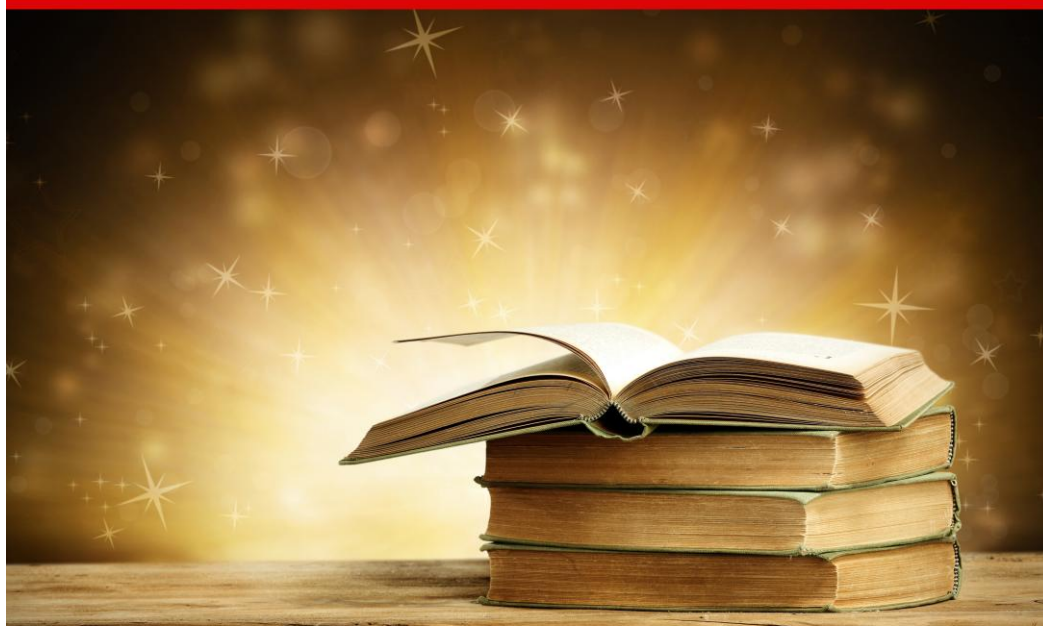


XII Certamen de Relatos Solidarios “Remedios López” In memoriam



Entrega de trabajos:
Hasta el 17 de abril de 2026
en las Bibliotecas Municipales
y la Biblioteca Pública
del Estado en Albacete

Entrega de premios:
28 de abril de 2026, 19:00 h.
Biblioteca Pública del Estado.
C/ San Jose de Calasanz, 14
Albacete



Organiza:



Relatos Premiados

Certamen de Relatos Solidarios «Remedios López».

Edición de 2026

EL DERECHO DE VIVIR EN PAZ

*La luna es una explosión
Que funde todo el clamor
El derecho de vivir en paz
(Víctor Jara)*

Cuando Martina salió de Chile acababa de cumplir los cinco años y no hubiera podido comprender que se estaba exiliando... por primera vez.

Además de su oso de peluche, podría haberse llevado algunos recuerdos; pero, catorce años después, la única imagen de su país natal que quedaba en su memoria no era la de la Cordillera, ni la del mar, ni la de sus abuelos de Maipú... Era la de una puerta. Una puerta verde, cerrándose desde dentro, mientras su padre la empujaba con el hombro y le pedía silencio con un dedo en los labios. Subiendo y bajando la escalera se oían gritos y los taconazos de unas botas que nunca vio pero que ya nunca pudo olvidar. Ella no podía entender nada; pero desde entonces a sus pesadillas entraba siempre por una puerta verde.

Llegó a Montreal en el invierno del setenta y cuatro. Viajó desde Santiago con sus padres y otros exiliados que habían buscado asilo en la embajada de Canadá; pero eso tardó años en poder entenderlo. Su padre se llamaba Rodrigo y había sido profesor universitario; la madre se llamaba Elena y trabajaba en una biblioteca. Hicieron el viaje con poco equipaje y mucho miedo. Y el miedo pesaba aún más que las maletas.

La ciudad los recibió con una alfombra blanca. Martina solo había visto la nieve en las cimas de la Cordillera, pero nunca tan de cerca que la hubiera podido tocar.

Aprendió francés antes que nadie en la familia. Primero en el colegio, a trompicones y con vergüenza, luego en la calle, con esa fluidez que solo tienen los niños porque aún no saben que los idiomas son difíciles. A los ocho años ya soñaba en francés. A los diez ya pensaba en francés. A los doce, cuando su padre le hablaba en español, a veces tardaba un segundo en contestar... un segundo que a él le dolía, aunque no dijera nada. Rodrigo y Elena nunca dejaron de hablar de Chile. Lo hacían como se habla de alguien que está muy enfermo pero del que todavía se piensa que puede mejorar: con cariño, con angustia, y con esa esperanza que duele más que la resignación. En la mesa, con los amigos exiliados que venían a cenar los sábados, Chile era siempre el centro de

todo. Las empanadas, la cueca que ponían en el tocadiscos, las noticias que llegaban de allá con semanas de retraso y siempre incompletas... Martina escuchaba, comía, y luego se iba a su cuarto a hacer los deberes o a hablar con sus amigas por teléfono, porque ella ya no pesaba que algún día volverían a la patria y le daba igual si las cosas habían cambiado lo suficiente como para eso.

Tenía ya casi diecinueve años cuando su padre anunció eufórico que podrían volver. En todo ese tiempo ella había hecho la primaria y había terminado el bachillerato, había empezado Ingeniería, había aprendido a esquiar en los Laurentides, había leído a Gabrielle Roy y a Michel Tremblay, había discutido de hockey sobre hielo con convicción genuina, y había besado a Josée por primera vez una tarde de octubre en el parque Lafontaine, con las hojas de los arces cayendo, como si la vida hubiera decidido decorar ese momento.

Así es que, cuando su padre anunció: “*Volvemos a casa*”, Martina levantó los ojos del plato y preguntó: “¿A qué casa?”

Las semanas que siguieron fueron largas y difíciles de manera distinta para cada uno de ellos. Rodrigo y Elena llenaban cajas con la energía de quien deshace un paréntesis; pues para ellos, esos catorce años habían sido solo eso: un paréntesis, una interrupción en la historia verdadera que les pertenecía y que estaba esperándoles en la otra punta del continente. Pero para Martina, ese mismo tiempo era la historia de su vida. No tenía otra.

Su padre le hablaba de raíces, de identidad, de la tierra de sus abuelos. Su madre le recordaba la casa de Santiago, el barrio, el olor de las jacarandas en primavera. Ella los escuchaba con respeto y con esa paciencia que se tiene cuando se quiere a alguien pero no se le puede dar la razón.

—Papá, no recuerdo esa casa. Recuerdo una puerta verde cerrándose. Eso es todo lo que recuerdo de Chile.

Sus recuerdos ahora eran los inviernos de nieve auténtica y los veranos de lagos y mosquitos; las barbacoas en el jardín de Marc-Antoine. Sus recuerdos tenían el olor del metro de Montreal, el ruido del tranvía por Saint-Denis, la textura del frío en febrero, cuando la temperatura baja de los veinte bajo cero y el aire duele en los pulmones, pero de una manera que ya conoces y que, de algún modo, te pertenece. Y tenía a Josée. Ella quería quedarse porque, mientras sus padres, al hablar siempre de Chile como si fuera el único lugar real del mundo, no se daban cuenta de que su hija estaba construyendo en Canadá el suyo propio aquí... y ahora eran ellos, quienes una vez

tuvieron que exiliarse, quienes querían obligarle a ella a sufrir el mismo desgarró.

Rodrigo y Elena se fueron un martes de junio con el cielo gris de Montreal encima y cuatro maletas grandes con todo lo que tenían. Regresaban a Chile, volvían a su país para siempre. En la cola de facturación los acompañaba Martina, su hija. Llevaba una sola maleta, volvía a Chile para pasar las vacaciones de verano y, en septiembre, regresaría a Canadá; volvería a su país para, de momento, seguir estudiando en la Universidad.

Josée los vio pasar el control de seguridad. Martina se volvió para tirarle un beso con la punta de los dedos. Él se quedó en el aeropuerto un rato más, de pie, con las manos en los bolsillos. Luego salió, encendió el coche, y tomó la autopista de vuelta a la ciudad. En la radio, pura casualidad, Víctor Jara cantaba en español “El derecho de vivir en paz”

Autor: Ramón de Aguilar Martínez

AL OTRO LADO DEL ESTRECHO

Apenas un hilo les aferraba a la vida cuando clavaron sus uñas en la arena de aquella playa, como si temieran que se les escapara. Los hilos de muchos otros, sin embargo, se habían roto por los azotes del mar.

Pero aquel no era un juego de cara y cruz; de vivir o morir. Había una tercera posibilidad: ser descubiertos por la guardia costera y devueltos a su tierra.

Y esa, la más aciaga de todas ellas, era la que les había deparado el destino. Un foco cegador saizando la niebla, gritos en la noche, las gotas de saliva de los policías destellando en el haz luz, los ominosos ojos de los cañones de las metralletas escrutándolos. Una manta sobre los hombros ateridos, un centro atestado, un proceso fugaz. Y, días después, un nuevo embarque.

Se trataba de un buque de firme acero, mucho más seguro que la barcaza abarrotada en la que navegaron semanas atrás. Pero, aun así, embarcarse en él resultaba mucho más aterrador. Porque en realidad se trataba de una condena de muerte disfrazada de repatriación. A una muerte especialmente lenta y atroz, una que les haría lamentarse por no haber sido engullidos por el Mediterráneo.

Eso, al menos, hubiera sido rápido, demasiado para llegar a ser doloroso.

Y es que en su tierra no había futuro. No desde que, como muchos auguraron, la corriente del golfo colapsó, haciendo que el continente se congelara y que nada fuera capaz de crecer en esa tierra. No desde que Hambre, Peste, Guerra y Muerte cabalgaban a sus anchas por Europa.

—¡África para los africanos! —les gritaban, como despedida, algunos desde el muelle.

Autor: Sergio Arce Sobrao

MISERIA

Buenaesperanza, perteneciente al departamento de la Guajira, en Colombia, es una aldea en donde lo que su nombre indica solo está ahí, en su nombre. Creo que cuando Dios creó el mapa del mundo, para que los que disfrutaran de una vida gozosa tuvieran un lugar en donde compararse para así nunca olvidar lo afortunados que son, eligió algunos rincones como Buenaesperanza y los destinó para siempre a la miseria y a la desolación, como un vecino más con el que te cruzas cada mañana. Y no me quejo de que no haya televisión, móviles o alguna tienda. Me quejo de que no hay agua potable, ni electricidad, ni medicinas, ni papel higiénico, ni paz... Tampoco caminos para buscar una u otra cosa. Me quejo de que, los que allí quedan, ni siquiera puedan quejarse. Allí la vida no vale nada, al nacer, ya estás muerta, enterrada y olvidada.

Por eso, cuando aquel tipo y aquella tipa tan elegantes y bien hablados aparecieron una mañana en la aldea, algunos pensamos que por fin Dios había decidido romper el mapa. A otra niña y a mí, las dos de quince años, nos prometieron un buen trabajo en un hotel de Europa. No podían precisar el lugar, - puesto que eso dependía de la temporada y - de- la cadena hotelera en cuestión. Mi hermana, de 25 años, se ofreció para acompañarnos.

-No, eso no es posible -contestó, muy amable la tipa-. Ten en cuenta que se trata de un contrato con un periodo de formación, lo cual solo es posible para menores de edad.

Aquella contestación causó desconfianza en mi madre, que de inmediato dijo que su hija no iba a ningún sitio. Pero la suerte estaba echada, tanto mi compañera como yo nos iríamos sí o sí, cualquier cosa menos ir muriendo poco a poco en aquel pozo sin agua. Mi madre, la que me enseñó a leer y a escribir, me miró a la cara y supo de inmediato que nada me retendría en Buenaesperanza.

Por tanto, resignada, se conformó con hacerme prometer que siempre tendría los ojos bien abiertos y que sería dueña de mí misma, que vendería cara mi dignidad. "Siempre atenta a los peligros y, cuando estos lleguen, que llegarán, mantente fría hasta encontrar la solución que te enfrente a las malas personas".

¡Por qué las madres siempre llevan razón!

No habían pasado ni dos días desde nuestra marcha cuando la maldad empezó a mostrar su cara. Tras un vuelo en avión de varias horas que supuestamente nos transportaba al paraíso, terminamos, junto a unas cuantas chicas de nuestra edad, en un oscuro y maloliente garito de no sé qué ciudad ni qué país. A la primera de nosotras que se atrevió a alzar la voz para solicitar lo prometido, se le acalló de un bofetón, que a su vez sirvió para acallarnos a todas.

-Es el momento de trabajar, no el de discutir -dijo el que debiera ser hijo del mismo diablo-. Aquí no habla ni llora nadie hasta que yo se lo permita. Cuando paguéis la deuda contraída con nosotros seréis libres para trabajar donde os plazca, pero eso será cuando halláis pagado los gastos de documentación, viaje, comida, alojamiento . . . Y eso es mucho dinero, por lo que cuanto antes empecéis a trabajar antes tendréis la carta de libertad. Ahora, cuando nuestros visitantes accedan al local, quiero que, con una buena sonrisa en la cara, digáis vuestro nombre y de dónde sois y, a partir de ahí, el cliente manda y elige.

Casualmente, yo era la primera de todas las chicas y, como si mi madre estuviera presente, me vino a la memoria todo lo que ella me había dicho en el momento de la despedida. Sí, dije mi nombre y de dónde venía, hasta me permití el lujo de forzar una buena sonrisa. Pero, sin dar tiempo a que nadie pestañeara, también dije que, para salir de mi país, tuve que mentir sobre mi verdadera edad, que era bastante mayor de la que aparentaba y, antes que un bofetón me partiera la cara, describí de carrerilla mi intenso noviazgo con un chico de la aldea vecina; vaya, que ni era niña, ni era virgen.

De inmediato, al escuchar esto, el hombre que controlaba la fila, el hijo del diablo, esbozó un gesto de desagrado y odio al mismo tiempo, y marcó una cruz en su cuaderno, junto a mi nombre.

Y, los tipos de ojos podridos, los clientes, dejaron de mirarme para fijarse en la siguiente niña.

Autor: José Jorge Romero López